
LA IZQUIERDA Y LA CRISIS ECONÓMICA

Ludolfo Paramio

análisis y debate



3

El socialismo europeo atraviesa hoy una evidente crisis de identidad. Era bastante previsible, pese a que a todos nos sorprendiera, que la crisis de los años 70 viniera a echar por tierra las identidades ideológicas que antes habían cohesionado a las bases sociales de los partidos de izquierda. Al fin y al cabo, la *gran depresión* de 1873-1890 había dado origen a la crisis del revisionismo, y la depresión de entreguerras había provocado la escisión del movimiento obrero que tanto facilitó el ascenso del fascismo. Pero, aun así, la crisis de los 70 golpeó duramente las seguridades hasta entonces adquiridas, y a la hora de la verdad nadie tuvo respuestas a punto.

Para entendernos podemos diferenciar tres grandes áreas en el mapa de la izquierda europea al comienzo de los años 70. Por una parte, el área socialista, incluyendo los partidos socialdemócratas y laboristas del norte de Europa y lo que entonces se comenzó a llamar socialismo mediterráneo o socialismo del sur de Europa. Por otra parte, el área comunista, que precisamente a comienzos de los años 70 inició un com-

plejo proceso de transformación con el nacimiento del llamado eurocomunismo. Por último, la izquierda revolucionaria, mayoritariamente alineada sobre propuestas tercermundistas, siguiendo el viejo esquema de Lin Biao —el cerco de las ciudades por el campo—: la revolución comenzaría en el Tercer Mundo y desde allí llegaría a las metrópolis imperialistas.

La crisis fue devastadora para estas tres áreas de la izquierda. Sus respectivas referencias se vinieron abajo. La izquierda revolucionaria, más preparada para denunciar el imperialismo que para ofrecer alternativas políticas *en el centro*, no supo qué hacer frente al ascenso del desempleo y la emigración de capitales hacia la periferia. Eso no estaba previsto en *El capital monopolista*, menos aún en las obras de Mao o Lin Biao. El trotsquismo, que creía haber encontrado su Comuna de París en el Mayo de 1968, también se vio defraudado por la impotencia del movimiento obrero ante la crisis del capital.

El eurocomunismo nació, como se sabe, bajo el influjo de la derrota de la Unidad Popular chilena. Las reflexiones de Enrico Berlinguer sobre los hechos de Chile fueron el origen de su propuesta de *compromiso histórico* con la democracia cristiana, y también el punto de arranque de una transformación de la tradicional identidad comunista que afectaría a todos los países del sur de Europa y también a otros mercados por la hegemonía de la socialdemocracia dentro de la izquierda (Finlandia, Suecia o Inglaterra).

Pero ni el comunismo tradicional ni el eurocomunismo fueron capaces tampoco de diseñar una estrategia de respuesta a la crisis. Esto fue singularmente grave para su propia imagen, pues tradicionalmente se había criticado a la socialdemocracia, desde el área comunista, por limitarse a gestionar la prosperidad. Llegado el tiempo de las vacas flacas, entonces, también debería haber sonado la hora de los partidos comunistas. Y no sólo no fue así, sino que su desgaste fue mayor que el de los partidos tradicionales. La propuesta de austeridad con contrapartidas, tal y como la presentaron los eurocomunistas más consecuentes, no llegó a diferenciarse a los ojos del electorado de las propuestas socialdemócratas. Y el ejemplo del PCF parece mostrar que tampoco la demagogia populista —pobres contra ricos— es rentable en las sociedades avanzadas, incluso en medio de una muy grave crisis económica.

De esta forma, los partidos socialistas o socialdemócratas han mantenido dentro de la izquierda la hegemonía de la que ya gozaban en el norte de Europa, y parecen haberla ganado en Grecia, Francia, España y Portugal. Incluso en Italia, donde el PSI mantiene su carácter minoritario, la política de Craxi le ha dado un desproporcionado protagonismo dentro de la vida política, hasta llegar el propio Craxi a presidir el gabinete.

Cabría pensar, entonces, que la crisis se ha limitado a reforzar las tendencias anteriormente existentes. Sin embargo, en muy importantes sentidos no es así. Si los partidos socialistas han resistido mejor el impacto de la crisis, se debe en buena medida a su mayor peso social e institucional —en el norte de Europa— o al deseo mayoritario de un cambio de régimen —en el sur de Europa—, pero eso no implica que estos partidos posean hoy un modelo de sociedad claro, capaz de arrastrar o de movilizar a una mayoría. En Francia y España, en particular, parece evidente que la abrumadora mayoría que se agrupó tras los gobiernos del PSF y del PSOE respondía a circunstancias coyunturales que difícilmente volverán a reproducirse.

En otras palabras; incluso si los partidos socialistas mantienen en Europa la hegemonía dentro de la izquierda, y en bastantes casos la hegemonía social a secas, al mismo tiempo atraviesan una crisis de identidad sin precedentes, orientando su política más en base a cálculos puramente pragmáticos que en función de una estrategia de largo plazo, con un modelo de sociedad definido y unos principios éticos claros. No resulta difícil comprender que la clave de esta crisis de identidad es la pérdida de una imagen de lo que pueda ser una sociedad socialista y de cómo avanzar hacia ella. Pero en vez de analizar este problema en abstracto, o por referencia a lo que los clásicos del socialismo escribieron sobre tales cuestiones, puede ser mejor estudiarlo en el contexto, muy definido, de la política económica.

La ideología del socialismo europeo durante la onda larga de crecimiento de la postguerra estaba enraizada en una idea keynesiana de control del ciclo y de redistribución de la riqueza. No se apostaba a corto plazo por la modificación de las relaciones de producción, con escasas excepciones tales como el plan Meidner en Suecia. En principio la idea era que una mayor equidad en la educación, la sanidad y los servicios sociales, unida a un crecimiento sostenido, sin bruscas y dramáticas recesiones, crearía una sociedad de igualdad de oportunidades. Que esta sociedad representara una alternativa al socialismo de los clásicos o simplemente su antesala era algo por discutir, y algo que, de hecho, la mayor parte de los autores socialistas no llegaba a discutir.

La crisis de los años 70 marca los límites históricos de las posibilidades de control del ciclo económico a través de la creación de demanda solvente. Y desde ese momento ya no es posible dar por hecho ningún progreso irreversible hacia la igualdad de oportunidades. De hecho, los ideólogos de Thatcher o Reagan afirman que el Estado de bienestar, la educación gratuita y el servicio nacional de salud (en Inglaterra; en Estados Unidos nunca ha existido tal cosa) han contribuido decisivamente a crear la crisis al premiar a los incompetentes. Según esta tardía versión del darwinismo social, las economías industriales avanzadas estarían perdiendo la carrera de la productividad por subvencionar a los vagos mediante el seguro de desempleo, no por el conservadurismo de los administradores del capital al tomar las decisiones de inversión con riesgo.

Pero para la izquierda el problema no es que la derecha critique el principio de igualdad de oportunidades, sino que con la crisis se viene abajo el punto de partida de una estrategia centrada en tal principio. A finales de los años 70 ya no es posible pensar en una redistribución progresiva de los ingresos, ni en una mejora de los servicios sociales, porque el principal problema de las economías avanzadas es un déficit presupuestario incontrolable. Keynes ya no ofrece ni soluciones a la crisis ni medios para legitimar el modelo de sociedad mediante la redistribución de los recursos y la creación de una mayor igualdad de oportunidades.

No toda la izquierda europea admitió estos hechos, sin embargo, el gobierno socialista en Francia puso en marcha una política económica de *refacción en un solo país* que, en resumidas cuentas, constituía una negativa a aceptar los límites del keynesianismo que la crisis mundial había puesto de relieve. El fracaso de esta estrategia, *en un solo año*, provocaría un decisivo pero tardío cambio de rumbo en la política del gobierno de Mitterrand. La experiencia francesa podría resumirse así: si se aumenta por decisión política el nivel de vida de los trabajadores en un país que está perdiendo competitividad internacional, la demanda añadida provoca un aumento de las importaciones de bienes de consumo, sin tener repercusiones positivas sobre la inversión interior y desequilibrando en cambio la balanza comercial.

Tras el fracaso francés todos los gobiernos en manos de la izquierda aceptan en Europa la necesidad de una política de austeridad, y de controlar el déficit y la inflación. (De hecho, el único país industrial avanzado que no se propone hasta ahora controlar el déficit presupuestario es Estados Unidos.) Esto, lógicamente, crea problemas de imagen: ¿no se está aceptando la lógica conservadora en el terreno económico?

Para responder a esta pregunta hay que aceptar que la relación entre medios y fines condiciona el proyecto socialista. Dicho de otra forma, hay que aceptar que una medida de gobierno debe valorarse no sólo por sus repercusiones inmediatas sino también por sus consecuencias a medio y largo plazo. Y estas consecuencias, a su vez, implican aceptar la existencia de una lógica económica que en cierto sentido está por encima de la política o de la voluntad de clase.

No se trata de que las decisiones económicas sean puramente técnicas. Nunca lo han sido y nunca lo serán mientras exista una sociedad escindida en clases. Pero las decisiones económicas tienen que aceptar una lógica técnica: si entran en conflicto con ella fracasan, simplemente.

De hecho, lo que sucede es que la izquierda europea vive entre dos lógicas, la del capital, que rige la inversión *privada*, y la lógica social con la que se intenta orientar la política económica del sector público hacia la mejora de las condiciones colectivas. En la medida en que la segunda depende de la primera, como aún sucede en todos los países capitalistas avanzados, un gobierno de izquierda está atrapado en una antinomia difícilmente salvable.

¿Existen alternativas? Hasta hoy, *no*. Si los regímenes post-revolucionarios, en la URSS o en cualquier otro lugar, hubieran logrado mejores resultados que el capitalismo, éste no habría sobrevivido en parte alguna. Pero la realidad es que han creado una nueva minoría privilegiada —lo que se ha dado en llamar la *nomenklatura*— y no han superado los niveles de productividad ni de bienestar social del Occidente avanzado.

Son demasiadas las objeciones que se acumulan contra el modelo soviético de sociedad. En primer lugar, el mantenimiento de dramáticas desigualdades entre los *apparatchiki* —la élite, la *nomenklatura*— y el pueblo trabajador; en segundo lugar, la evidente independencia de la élite política, a la hora de tomar decisiones, respecto a la opinión popular, lo que a su vez es manifestación del vicio radical de estas sociedades, su carácter *no* democrático; en tercer lugar, los propios límites de su modelo de crecimiento, que se traducen a partir de cierto momento en notables retrocesos del nivel de vida, patentes por ejemplo en la Unión Soviética, durante los años 70, en el deterioro de la asistencia sanitaria y el retorno hasta niveles tercermundistas de la mortalidad infantil.

Se ha creado así una situación paradójica. Los trabajadores de Europa Occidental desconfían de las políticas económicas de sus gobiernos, los castigan frecuentemente mediante la abstención o votando a la oposición política, pero *no* parece creer en la existencia de alternativas. (Esta es, en concreto, la realidad en España, según detalladas encuestas realizadas durante la etapa de transición a la democracia bajo los gobiernos centristas de Adolfo Suárez.)

¿Quiere decir eso que es inevitable aceptar la lógica conservadora? En absoluto: lo único que quiere decir es que debemos plantearnos de nuevo el contenido económico de una estrategia socialista, y dejar de pensarlo en términos heredados de la experiencia

soviética o del keynesianismo de postguerra en Occidente. El problema es que si abandonamos los modelos conocidos debemos pensar por aproximación, sumar intuiciones de diversos orígenes y tratar de ver a través de esa suma lo que podría llegar a ser una futura sociedad socialista. No es una tarea fácil, y en todo caso es extremadamente difícil hacer propuestas convincentes a una sociedad que exige, pura y simplemente, que se dé una solución al problema del paro, problema que ya tiene dimensiones catastróficas en la OCDE.

Pero tales propuestas pueden ensayarse. Sería necesario admitir, en primer lugar, que en la ofensiva ideológica de la derecha contra los límites del keynesianismo, en los años 70, juegan un papel importante hechos objetivos que deben reconocerse y replantearse en una perspectiva de izquierda. El primero de tales hechos es que la crisis actual es una crisis del lado de la oferta (*supply side*), lo que se puede retraducir a términos marxistas afirmando que el origen de la crisis es una reducción de la participación de las ganancias del capital en la renta (*profit squeeze*) a consecuencia de un crecimiento de los salarios superior al de la productividad en los países capitalistas centrales.

Eso significa que los intentos de superar la crisis no pueden limitarse a intentar reactivar la demanda interna como lo intentó en su primer año de gestión el gobierno socialista francés, sino que deben elevar la productividad, lo que tiene dos facetas: una, puramente negativa, de cierre de plantas no rentables y reducción del empleo, y otra, positiva a largo plazo —pero *no necesariamente* a corto plazo— de inversión en bienes de capital capaces de aumentar la productividad. El punto es que en una primera fase sólo son visibles los efectos de reducción del empleo: la reconversión industrial significa despidos, y las nuevas inversiones de capital vienen a sustituir puestos de trabajo existentes o a impedir su formación. Así, el único resultado inmediato para los trabajadores de las medidas de ajuste ante la crisis en los países centrales es el crecimiento del paro.

Peor aún: la caída de las ganancias impide que se realicen las inversiones necesarias para relanzar, *a medio plazo*, el empleo, por lo que la reactivación de la economía exige pactos sociales destinados a fijar límites a los crecimientos de los salarios respecto a la inflación. De esta forma el cuadro completo que se presenta a los trabajadores es una combinación de paro creciente y estancamiento o disminución de su nivel de vida.

Ahora bien, la cuestión está en saber si existen posibilidades distintas de respuesta a la crisis. Si el diagnóstico anterior es correcto, y se trata en efecto de una crisis *supply side*, la dura realidad es que no existen tales posibilidades si lo que se desea es dar una salida no catastrófica a la crisis. Esta es, sin duda, la paradoja: pérdida de la confianza en una alternativa radical e inmediata al capitalismo, tras el relativo fracaso de las economías post-revolucionarias, la izquierda europea ha debido apostar por la doble tarea de relanzar la economía capitalista y de tratar que el capitalismo que salga de la crisis se parezca más al ideal de una sociedad socialista que el capitalismo clásico o que el propio capitalismo de postguerra. Es en esa aproximación gradual al socialismo, evidentemente, donde está la clave para evaluar el significado progresista o no de las distintas políticas ante la crisis.

Supongamos entonces que aceptamos la inevitabilidad de una cierta combinación de paro más austeridad en la primera fase de respuesta a la crisis. ¿Y después? El PCI lanzó muy tempranamente la propuesta de una política económica de austeridad como componente de una estrategia de izquierda ante la crisis, pero haciendo hincapié en el control social de las inversiones, el mayor poder sindical y la democratización de la

organización productiva en la fábrica como contrapartidas de esa austeridad, apuntando a un modelo de sociedad en el que el consumo colectivo y la humanización del trabajo vendrían a sustituir el consumismo capitalista (privado) de los años 60 y las formas más alienantes y competitivas de la organización del trabajo.

El problema es que esas propuestas han seguido muy desigual fortuna hasta hoy. En el caso del PCI, y en general de los partidos eurocomunistas, la misma aceptación de la política de austeridad estaba condicionada al protagonismo político de los partidos eurocomunistas. Al no haberse logrado tal protagonismo, el conjunto de los partidos de este área han rechazado las medidas de austeridad —introducidas por gobiernos socialistas o de derecha— y han propuesto políticas de reindustrialización y protección del poder adquisitivo.

Estas, a su vez, son dos cuestiones distintas. La defensa del poder adquisitivo de los trabajadores parece una causa irrenunciable de cualquier gobierno de izquierda. El problema es que hay que distinguir entre el conjunto de los trabajadores y lo que podríamos llamar la clase obrera *empleada*. La defensa de los salarios de los trabajadores activos puede muy bien conducir a un aumento del paro, perjudicando al conjunto de los trabajadores (activos y *en paro*). Así, no parece posible plantearse el problema del poder adquisitivo de la clase obrera separándolo del problema del paro y de la creación de empleo.

Aquí entra en juego la segunda cuestión. Los partidos eurocomunistas y los grupos de izquierda extraparlamentaria acusan con frecuencia a las políticas de ajuste a la crisis de ser puras políticas de desindustrialización, sin crear nuevos puestos de trabajo ni nuevas empresas industriales. La acusación tiene, sin duda, un punto de verdad. A corto plazo, el saldo de las medidas de reconversión industrial es una pérdida absoluta de puestos de trabajo. Pero la crítica es demagógica: la alternativa sería crear o mantener puestos de trabajo no rentables, no competitivos —lo que parece imposible precisamente en el apogeo de la crisis—, o bien efectuar masivas inversiones públicas en aquellos sectores que se prevé que pueden ser rentables a medio plazo. Pero para efectuar estas inversiones es preciso liberar fondos para la inversión, lo que implica reducir el déficit público. En otro caso, el crecimiento de la inversión pública supone inflación —lo que implica una pérdida de competitividad para la economía nacional— o bien encarecimiento del crédito —si se opta por controlar la masa monetaria—, lo que a su vez lleva a la quiebra de las pequeñas empresas y aumenta el paro. Esta última posibilidad ha sido la más frecuente en Europa, y nadie ignora que el factor más importante en el crecimiento del paro no es la reconversión de las empresas públicas, sino el cierre de empresas privadas, pequeñas y medianas sobre todo.

Dicho en otros términos: en una primera fase del ajuste a la crisis, mientras no se llega a controlar el déficit público, el Estado tiene las manos atadas para crear nuevos puestos de trabajo en cifras significativas: sólo puede tratar de crear las condiciones más favorables para la recuperación de la economía privada, contando con que esta recuperación lleve a su vez a la creación de empleo. Pero éste es, por su parte, un proceso lento y vacilante, pues exige confianza empresarial, es decir, expectativas claras de ganancia y garantías de estabilidad política y social. Factores, estos últimos, nada fáciles de lograr por un gobierno democrático, de izquierda o de derecha, en tiempos de crisis económica y social.

Tenemos así que la izquierda presenta dos frentes ante la crisis. Los partidos eurocomunistas, que fueron los que introdujeron en el debate político la idea de austeridad con contrapartidas, la han abandonado ante la imposibilidad de hegemonizar política-

mente el proceso de respuesta a la crisis, y critican a las políticas de ajuste seguidas por los partidos socialistas por una supuesta falta de radicalidad que, según he intentado argumentar, no es tal, sino puro y simple realismo. Pero esto dificulta la creación de una imagen de oferta de izquierda ante la crisis: la división entre eurocomunistas y socialistas en su política económica refuerza la vieja caricatura estalinista de unos partidos socialistas traidores a los intereses de la clase obrera —y sin embargo, misteriosamente hegemónicos entre los trabajadores—, y unos partidos comunistas o de extrema izquierda fieles a los principios e intereses de la clase —pero siempre minoritarios e incapaces de ofrecer alternativas reales a los problemas sociales y nacionales.

Si se acepta todo el razonamiento hecho hasta aquí, por el contrario, parece evidente la necesidad de ofrecer una imagen no demagógica de la crisis y de las posibles salidas ante ella. Hacer creer a los trabajadores que existen otras posibilidades que la política de ajuste, pretender que ésta es fruto del carácter conservador y antiobrero de los gobiernos, y no de los propios condicionamientos que introduce la naturaleza misma de la crisis, puede dar un puñado de votos a los partidos que opten por la demagogia, pero si tales partidos llegan al gobierno tendrán que pagar un alto precio de descrédito (caso de la izquierda francesa), y si no llegan difícilmente conservarán sus ganancias electorales a largo plazo, una vez que los trabajadores comiencen a palpar los efectos *positivos* de las actuales políticas de ajuste y austeridad.

La cuestión es que la llegada de esos efectos positivos se alarga en el tiempo, llevando la desesperanza a amplios colectivos sociales, en especial los jóvenes. Y las dificultades son muy grandes. Si el problema más obvio en los países capitalistas centrales es el del paro, a escala mundial es más grave el desequilibrio Norte/Sur, bien patente en estos momentos en el gigantesco volumen de la deuda externa latinoamericana. Pero también sería un error caer en el pesimismo absoluto.

A medida que las economías centrales vayan definiendo sus nuevos sectores de punta y de alta productividad, a medida en suma que se vaya asentando la nueva división internacional del trabajo que comenzó a nacer en los años 70, el comercio mundial se reactivará de forma estable, con lo que desaparecerá el peor obstáculo actual en las relaciones Norte/Sur. Al mismo tiempo, la reactivación en el centro, junto con los factores demográficos, forzarán una solución al paro que implicará un mejor reparto del trabajo: menos horas semanales para todos y muy probablemente una prolongación de la vida laboral activa (la actual tendencia a una entrada cada vez más tardía de los jóvenes en el mercado de trabajo y a una jubilación cada vez más temprana es incompatible con la evolución demográfica de los países avanzados).

En esta perspectiva, con la creciente intervención en la producción de los robots y los microprocesadores, y con el paso a primer plano de la información por delante de la producción material, algunos autores, sobre todo franceses, han comenzado a vislumbrar un futuro en el que el socialismo perdería todo su sentido, quedando como un simple recuerdo de la ideología del movimiento obrero en el primer capitalismo industrial. Esos análisis tienen la ventaja de hacer hincapié en las novedades históricas que probablemente mostrará el capitalismo que surja de la crisis actual, pero corren el riesgo de olvidar que una jornada laboral más corta no significa el final de la explotación, del trabajo sin sentido y de la irracionalidad capitalista.

Es en este punto donde el socialismo europeo debe redefinir su identidad, planteándose de cara a ese futuro que ya se vislumbra los viejos problemas del control social de la economía, los viejos problemas, en suma, del socialismo. El control de los trabajadores sobre el proceso de producción inmediato, el control de los trabajadores sobre el volumen y el destino de las inversiones, el control de toda la sociedad sobre el sector público de la economía, y también, a través de la intervención del Estado,

sobre las grandes decisiones económicas del sector privado. Todas estas son las líneas por las que sería preciso avanzar en la fase inmediata de esa larga transición hacia una economía socializada que parece haber comenzado en nuestro siglo pero que nadie sabe bien cuánto durará.

En este sentido, la izquierda europea no sólo corre el riesgo de dejarse llevar por la demagogia, proponiendo políticas contra la crisis que no pueden llegar a funcionar. También corre el riesgo de perder de vista los objetivos a medio plazo, dejándose cegar por la gravedad de los problemas inmediatos. La reforma y mejora de los servicios sociales, por ejemplo, pasa a menudo a segundo plano ante la simple negociación salarial, y lo mismo se puede decir de las grandes decisiones de inversión pública, terreno en el que con frecuencia las propuestas sindicales siguen una línea profundamente conservadora de mantenimiento de los puestos de trabajo existentes, dejando de lado o sobrestimando su viabilidad y sus posibilidades de futuro.

Forzados por la crisis a la austeridad, los gobiernos y partidos de izquierda en Europa pueden tomar la necesidad por virtud y ser demasiado conservadores en su política. Pero un peligro parecido acecha a quienes les critican desde los sindicatos o desde otras posiciones políticas. Dar salida a la crisis, desde la izquierda, significa no sólo hacer frente a los problemas inmediatos, sino hacerlo en una perspectiva de futuro, y de un futuro cada vez más próximo al ideal socialista. La tentación de permanecer anclados en el pasado es muy fuerte, pero mientras tal tentación no se supere el socialismo europeo seguirá atravesando una crisis de identidad.



La poesía y el cuento en la Escuela

MIGUEL MUÑOZ LOPEZ

La fresca, imaginación y aproximación a la palabra que nos ofrece el libro, mediante poesías y cuentos jugados y realizados por los niños, nos hace olvidar la petrificación de la palabra convencional.

Las orientaciones metodológicas, sugerencias, pautas elementales de instrucción e instrumentación y demás elementos varios que aporta, servirán de gran apoyo para todos los maestros que están en el empeño de hacer, a través del trabajo del aula, un recinto de creatividad e imaginación.



CONSEJERIA DE EDUCACION Y JUVENTUD
COMUNIDAD AUTONOMA DE MADRID